

## Las manos transparentes

Eliacer Cansino



*El aguador de Sevilla* de Diego Velázquez, hacia 1620.  
Museo Welington, Londres (Inglaterra).

Desde hace algún tiempo suelo afirmar que las pasiones desmedidas pueden terminar por incendiar a quien las vive. Y eso, creo, le ocurrió a mi amigo Antonio.

La historia que voy a contar, a muchos les parecerá extravagante; y no la hubiese escrito si no necesitara contarme a mí mismo lo que ocurrió en aquellos días. Es como si quisiera poner orden en unos hechos que yo mismo no entiendo y que, sin embargo, alteraron para siempre mi visión del futuro, la camaradería de un grupo con quien compartía diversiones y estudio y, sobre todo, la vida de quien hasta entonces había sido mi mejor amigo.

Todo empezó el verano del último curso del instituto. De los que formábamos el grupo, solo

Antonio había aprobado aquel año, por lo que decidió que iría a Madrid a visitar el Prado. Como quería ser pintor, parecía lo propio. A los demás no nos quedaba otra que permanecer en el pueblo estudiando hasta septiembre. ¡Cualquiera se atrevía a pedir permiso a nuestros padres para viajar! De todas formas me fastidió que decidiese ir solo, ya que hasta entonces todo lo habíamos hecho juntos.

—Pero, ¿te vas a ir solo a Madrid? Podrías esperar a que me examinase.

—No, Jonás —Jonás es mi nombre—. No es que vaya a ir solo, es que tengo que ir solo. Nadie puede acompañarme en este viaje. Tengo que hacer dos viajes solo: este de Madrid y el de mi muerte.

Le gustaba impresionar y usaba esas expresiones. En aquel entonces no le di importancia, solo con el tiempo he pensado que aquella fue una frase extraña.

Estábamos debajo de la parra de Aquilino cuando me dijo lo de viajar a Madrid. Aquilino era la venta que había camino de los huertos. La pusimos de moda durante el verano. Antes solo iban

allí viejos a tomar aguardiente por la mañana y tinto por la noche, hasta que Antonio fue una tarde, la redescubrió y regresó como un iluminado: «He descubierto el jardín de Epicuro, mañana iremos todos juntos». Los primeros días, los viejos nos miraban con desconfianza y sorna, pero poco a poco se fueron acostumbrando a nuestra presencia. No les molestábamos, al revés, les servíamos de distracción entre tanta cotidianidad repetida.

Aquilino al principio se sintió desconcertado, pero no le hizo ascos a nuestra presencia. Había oído que algunos bares se ponían de moda y que entonces los dueños se hacían ricos. Antonio le cambió el nombre: «Venta Aquilino» por «El jardín de Aquilino», y le pidió permiso para cubrir una de las paredes con un graffiti algo surrealista en el que, a su manera, nos representó a todos como filósofos en el jardín del placer. Aún recuerdo la tarde que lo hizo: el olor de la pintura, las músicas de fondo que tanto nos gustaban y, sobre todo, lo veo a él, con aquella decisión con que manejaba el spray, como el Zorro con la espada, cuando marcaba la «Z» en la frente de sus adversarios.

Empezamos a juntarnos allí todos los días, Antonio, Marta, Zulema, el Indio y yo, después de la academia. Antonio con *El gran Meaulnes* bajo el brazo, y nosotros con los libros de texto pintarrajeados y los cuadernos llenos de frases y eslóganes: «La sabiduría me persigue, pero yo soy más rápido», «Lo esencial es invisible a los ojos...». Frases manidas, afirmaciones de la personalidad frente al exterior cuando todo es dudoso dentro de uno mismo. La frase de Saint-Exupéry era la preferida de Zulema. Estaba convencida de la existencia de un sexto sentido para captar la vida, más cerca de la intuición que de la razón, más como un perro que como un hombre: «Los hombres no ven porque solo miran con los ojos». Zulema era amable, divertida, espontánea. Le gustaba estar con los amigos, pero sin comprometerse con ninguno. Al contrario que Marta, que en cuanto vio al Indio hizo todo lo posible por emparejarse con él. Marta se dejaba llevar por la belleza física, le atraía la musculatura, la fuerza, la bravuconería... y Miguel —le llamábamos el Indio porque era campeón de arco—, poseía todas esas cualidades. Antonio se

metía con ella: «Amas demasiado el cuerpo, pero solo la belleza del espíritu perdura, es eterna». «Un cuerpo contrahecho puede contener el espíritu de un gigante», decía yo, y Antonio lo confirmaba: «El espíritu de un gigante, eso, capaz de sujetar el cielo». Pero Marta no le echaba cuenta: «Si hicieras más deporte, en vez de pasar tantas horas encerrado en esa covacha donde pintas, tendrías otra opinión». Él se reía y se defendía: «El campo está hecho para los animales, la casa para el hombre».

Zulema, en cambio, prefería no enamorarse. «Cuando te enamoras —decía—, solo quieres a uno y lo quieres para ti sola. Eso no es amor, es egoísmo. El amor tiene que ser universal o no es; el amor a una sola persona es un disfraz del egoísmo».

Antonio acudía a las reuniones cuando se le antojaba. Tenía el privilegio de los artistas. Nunca le veíamos estudiar pero sus resultados eran excelentes. Cuando llegaba parecía que venía de otro mundo, como si saliera a la superficie y le costase respirar el aire que respirábamos todos. Siempre

traía las manos llenas de pintura. «En realidad, mis manos son transparentes», decía, «manos que no se verían si no estuviesen manchadas de pintura, manos de artista, no como las vuestras que solo sirven para pelar patatas. ¿Para qué usáis las manos? ¿Para comer, para poner los calcetines?». Yo me las miraba instintivamente cuando le oía decir esto y entonces siempre me decía: «Cuídalas, Jonás, cuida tus manos o terminarán siendo unas pezuñas. Tienes que aspirar a tener manos transparentes, como las mías». Todos, entonces, observábamos sus manos llenas de pintura y nos reíamos de su ocurrencia.

Aquel verano tomamos decisiones importantes para nuestro futuro: yo estudiaría Filosofía; él, Bellas Artes. Yo siempre había pensado estudiar Historia, pero nuestro profesor era incapaz de atraer a nadie. Ni un náufrago solitario, que llevase veinte años en una isla, se acercaría a oírle hablar de Historia. Más bien parecía dispuesto a espantar a quien se acercase a su asignatura. En cambio tuvo el acierto o el error, según se mire, de poner en mis manos un librito, *Meditaciones* de Marco Aurelio,

que me interesó vivamente. Quizá en él descubrí mi vocación y aprendí que algunos libros son como llaves que permiten abrir nuevas puertas.

—Pasado mañana me voy a ver el Prado —dijo aquella tarde que se tumbaron las sombrillas y resultó tan ventosa que tuvimos que meternos dentro—. Este viento es un presagio, Jonás, este viento me dice que debo echar a volar ya, antes de que me haga viejo —viejo, para él, eran treinta años—. Aquí ya nadie va a decirme nada, Jonás. Y tengo que saber qué significa pintar. ¿Qué es ser pintor?

—Eso que dices es una estupidez.

—¿Tú crees?

—Así no vas a ningún lado. Lo que tienes que hacer es pintar. Solo pintar y no preguntarte por qué pintas. El resto lo dirá la pintura.

—No tienes ni idea. Crees, como casi todos, que este es el arte de la brocha. ¡Pintar, pintar! ¿Cómo voy a hacerlo sin saber lo que significa?

—Pero, ¿tú te das cuenta de lo que dices? ¿Qué significa un árbol?, ¿qué significa un perro? ¿Y tú?, ¿y yo?, ¿qué significamos? Las cosas son lo que son.



Tú lo que tienes que hacer es mirar, ver, hacer y dejarte de significados

—Ese es el error: hacer sin saber qué se hace. Como el burro con la flauta, a ver si acertamos por casualidad.

—Lo importante es acertar, ¿no?

—¡Para mí, no! Lo importante es pintar de verdad y a conciencia. No me conformo con reproducir las cosas, para eso ya está la fotografía. Yo quiero pintar lo esencial, lo que no se ve en la superficie.

—Me parece que eres tú quien deberías estudiar Filosofía. Muchas ideas y poco pincel.

—Vade retro, Satanás.

Sí, esa era otra de sus frases preferidas. Cuando se veía pillado, soltaba ese latinajo, esa jaculatoria que no sé dónde aprendió: Vade retro, Satanás.

Fue para unos días y tardó más de un mes en regresar. No solo estuvo en Madrid. Sus postales me fueron indicando sus pasos y el asombro de sus descubrimientos: París: «He visto a los impresionistas, ¡vaya impresión!»; Ámsterdam: «Por fin,

Van Gogh. ¡Qué tristeza y qué fuerza!»; y Londres: «He pasado dos horas frente a *El aguador de Sevilla*, ya te contaré; pero a ti te mando esta postal de *La Venus del Espejo*, sabiendo tus gustos disfrutarás más con ella».

Fui a esperarlo a la estación cuando regresó. Venía exultante, iluminado, como si trajese el santo grial en la mochila.

—Lo encontré Jonás, lo encontré. La solución a todos mis problemas la tiene Velázquez. No puedo describírtelo, es otra cosa.

—¿No puedes describírmelo? ¿Un pintor no sabe describir un cuadro? ¿Qué has aprendido entonces?

—Lo que significa ser pintor. Aquello que tú dudabas que pudiera encontrar. Ahora lo sé y ya nada puede alejarme de mi destino.

Me eché a reír al oírle hablar con tanta grandilocuencia, pero noté que le había molestado mi risa, quiero decir que noté que le había molestado de una manera inusual.

—¿Y bien? ¿Por qué dices que Velázquez es la solución a todos tus problemas?

Se me quedó mirando con una leve sonrisa de superioridad y solo al cabo de unos segundos, me contestó:

—¿Crees que te entregaría un secreto así sin ningún esfuerzo por tu parte? Lo que está reservado para unos pocos no puede darse al común de los mortales.

—¡Déjate de tonterías! Yo no soy el común de los mortales. Soy tu mejor amigo. Si yo poseyese algún secreto, ¿crees que no te lo diría, que me lo guardaría para mí solo?

—Si fuese como el mío, te lo guardarías. Entre otras cosas porque nadie iba a creerte.

En el Aquilino el ambiente cada día estaba más animado. Al ver el éxito con que otros muchachos empezaban a acercarse por allí, Aquilino fue a la ciudad y consiguió una máquina de juegos. Estaba algo anticuada, de marcianos. Invasores del espacio o algo así. No obstante permitía jugar por parejas, se iban acumulando los puntos y después se sumaban y aparecía el ganador. Todos los días echábamos incansables partidas. Competíamos con saña,

con una rivalidad que se fue agriando y convirtiéndose en una guerra sin cuartel, casi la misma que nos traíamos en la pantalla con el láser y las naves invasoras. Habíamos formado parejas: yo jugaba con Zulema, el Indio con Marta, y Antonio prefería jugar solo. También en eso, como en tantas otras cosas, era un individualista incorregible. Competíamos todas las noches; quien perdía pagaba las bebidas. Y no había forma de ganarle a la pareja del Indio y Marta: siempre, o pagábamos nosotros o le tocaba a Antonio.

Una noche, tal vez espoleado por el fracaso continuo y las bromas mordaces de Marta —«¡el pintor, que pague la consumición!», jaleaba ella—, se enfadó. Dijo que habían hecho trampas, que mientras había ido al váter, el Indio había jugado la partida por ella. «¡A callar y a pagar!», dijo el Indio. «¡Va a pagar tu padre, tramposo!». Allí debió quedar todo, pero de pronto, Antonio, adoptó un aire bronco, zafio, inesperado y comenzó a insultarnos, que si estábamos conchabados, que si éramos el grupo más grande de imbéciles que se había echado a la cara. «Tú, sobre todo tú, eres gilipo-

llas», le dijo al Indio, «y tu amiguita, que parece que tiene manitas de ángel, que nunca rompe un plato, también», y señaló con los ojos inyectados de rabia a Marta. El Indio sintió cómo le hervía la sangre, y sin arredrarse, sabedor de que en el cuerpo a cuerpo era superior, le contestó: «¿Y tú?, manitas de mierda, que eso es lo que eres, con esas manos siempre sucias de pintura». Para qué le dijo aquello. Sin mediar palabra, Antonio le tiró la botella de cerveza que tenía en la mano y le dio en la cabeza. El Indio se desplomó en el suelo de golpe, como si le hubiesen dado un tiro. Nunca antes ni después he visto a alguien caer tan redondo. Marta dio un grito de esos que dan las mujeres cuando el pánico las sorprende. Zulema paralizada, con las manos en la boca, sin reaccionar. Y yo sin saber qué hacer, si ir hacia Antonio o si acudir en ayuda del que estaba tumbado. Finalmente, opté por lo segundo. El Indio no se movía, completamente inconsciente, desmadejado en el suelo, y al intentar levantarlo la cabeza me vi las manos manchadas de sangre. Entonces, cuando ya se acercaban todos, al ver el revuelo, Antonio se diri-

gió a mí, y me dijo —aún no puedo creerlo—: «¡Tú, traidor, tú también!, ¡cuenta!, ¡cuenta hasta diez!, porque si no se levanta, manitas de mierda gana el combate por KO». E inmediatamente se dio media vuelta y sin aligerar el paso, con una frialdad que me paralizó fue adonde estaban las motos, cogió su Yamaha y salió haciendo un caballito.

Entre todos colocamos al Indio en una hamaca que trajo Aquilino de la trastienda; permanecía inmóvil, inconsciente todo el tiempo y con la sangre visible por el cuello. Tomó el mando de la situación un muchacho con el que después me he visto alguna vez. Se llamaba Ramón y estudiaba medicina. Es curioso el poder del conocimiento en determinadas circunstancias. Frente al nerviosismo, a la torpeza que provoca el pánico, el que posee el conocimiento se erige en una estrella que señala el Norte; los demás, a sus órdenes. Hizo cuatro movimientos propios del que sabe: le sujetó la lengua, le abrió los ojos, le tomó el pulso, le apretó con un pañuelo la herida y mandó llamar a una ambulancia. «Respirar, respira —dijo— y mantie-

ne el pulso, pero dura ya demasiado el desmayo». El muchacho se mantuvo todo el tiempo a su lado, hasta que llegó la ayuda. Se bajó del vehículo una médica y el estudiante entonces cedió el mando. Allí mismo le colocaron los cables para un electro, le inyectaron algo, lo subieron a una camilla y lo introdujeron en la ambulancia. Cuando esta arrancó lo hizo a toda prisa y con la sirena encendida, dejando a su paso un rastro de estupor y desolación.

La policía municipal no tardó en llegar. Probablemente alarmada por el paso de la ambulancia o alertada por sus tripulantes, se presentó en el Aquilino alrededor de media hora más tarde. Y, según me contó después el muchacho estudiante de medicina, estuvo haciendo preguntas a todos. Para ese entonces yo ya había llegado al ambulatorio con mi moto, pero me informaron de que a Miguel, el Indio, se lo habían llevado al hospital comarcal. No me atreví a seguir por la carretera los veinte kilómetros que nos separan de la ciudad, así que me senté en un banco a la salida del ambulatorio. Alguien había olvidado allí un juguete, uno de esos monstruos transformables, de un azul

refulgente, casi eléctrico. Es curioso como los ojos siguen grabando en la memoria aunque la conciencia esté en otra cosa. Cogí el muñeco y comencé a manipularlo. Con él en las manos me sorprendió la policía, que me pidió que le acompañara a la comisaría para hacerme unas preguntas.

Conté exactamente lo que había ocurrido, procurando en todo momento quitarle hierro al asunto, asegurándoles que nunca antes Antonio había tenido una reacción así. Me pidieron que les guiase hasta su casa. Estaba en las afueras, a más de dos kilómetros. Una casita pequeña: tejado, chimenea, dos ventanas; de esas que parecen hechas para las cartillas de primeras letras donde por primera vez se nombra: «la casa». Me preocupaban sus padres, el momento en que abrieran la puerta y me viesen allí delante con la policía preguntando por su hijo. Pero, ¿qué podía hacer yo? Me dejé llevar. Que fuese lo que Dios quisiera. El disparate estaba hecho y solo si el Indio se recuperaba quedaría todo en un episodio de mala suerte.

Aunque en verano los días se alargan desmesuradamente, a esa hora estaba ya oscureciendo y el



cielo dejaba caer desde arriba un azul que se hacía más denso al contacto con la tierra. Un azul como el del muñeco que de pronto me di cuenta de que aún continuaba en mi mano. Lo tiré por la ventana, temiendo que la policía fuese a preguntarme por él, con una infantilidad que ahora me sorprende. En un giro de la carretera les señalé la casa. «La casa aún en paz», pensé al verla perfilada sobre el paisaje, y a la que en breve azotaría el vendaval de las malas noticias. Aparcamos enfrente. Uno de los guardias se adelantó y llamó a la puerta. Abrió María, la madre de Antonio. Yo no era capaz de mirarla. El guardia le preguntó si estaba allí su hijo. Tenían que hacerle unas preguntas. «Ha ocurrido un accidente», dije yo al verla descomponerse. El guardia me dijo que me callara. Y eso alarmó más aún a la mujer, que llamó a su marido. «Ha habido una pelea», dijo el guardia para situarles, «y tenemos que hacerle unas preguntas a su hijo». «¿Pero ha pasado algo grave?». «No sabemos» contestó el que llevaba la voz cantante. «Mi hijo está en su estudio», dijo la madre. Nos hicieron pasar y María me pidió que fuese yo, que conocía la casa, a avisarlo.

Lo habré contado cien veces y nunca he cambiado un ápice mi testimonio: llamé y como no contestaba abrí la puerta. Antonio estaba de espaldas frente a su caballete. De espaldas y desnudo. La imagen me sobrecogió. Nunca había visto a Antonio desnudo. «¿Antonio?» No se volvió ni hizo el menor ademán de haber notado mi presencia. Me dio miedo entrar. «Antonio, soy yo, Jonás». Siguió de espaldas y levantó su brazo y dio una pincelada en el lienzo, absorto en su obra o, simplemente, enajenado. «Antonio, vístete», le dije. «Te esperan fuera. La policía ha venido por lo del Indio». Nada, silencio. Dio un paso hacia atrás comprobando el efecto de la última pincelada y volvió a acercarse insistiendo minuciosamente en el cuadro. Me acerqué con precaución, pues juro que pensé que había perdido la cabeza. El cuadro que pintaba me impresionó por la exactitud con que lo había logrado: era la mano y la copa que sujeta *El aguador de Sevilla*, de Velázquez, cuya copia se hallaba a un lado frente a él en un póster de grandes dimensiones. «Antonio, vengo a acompañarte...». Entonces se volvió. De frente, aún me

impresionó más su desnudez y le alargué una camisa y un pantalón que vi caídos en el suelo.

—Póntelos, por favor —dije—, no quiero que tus padres te vean así.

—No son mis padres —contestó—. Pero, está bien, te haré caso y me vestiré para que no te avergüences cuando me entregues. ¿Tú también me darás un beso?

No sé si pasó mucho tiempo hasta que oí la voz de María llamándonos, pero en ese tiempo breve o largo intenté procesar tanto desconcierto: no son mis padres, Judas —aunque no lo dijo así—, la copa del aguador, su desnudez ostentosa... Cuando el guardia y sus padres se acercaron a ver por qué tardábamos, Antonio ya estaba vestido. Le vi acercarse a la copia de Velázquez y pasar la mano por ella. Después, adrede, posó la otra mano en la paleta de pintura: «manos de mierda», dijo, mostrándomelas, y me miró con desprecio. «Tienes que acompañarnos muchacho», oímos decir al policía. Los padres ya estaban al tanto de la agresión, porque no opusieron resistencia, y el padre solo pidió un momento para coger la cartera

y acompañarle. Entonces Antonio alzó la voz con una firmeza que hizo detenernos a todos: «No quiero que me acompañe nadie, desde ahora ya estoy solo». El padre inició una súplica que Antonio zanjó terminantemente: «Te lo he dicho, no tengo nada que ver contigo». Nadie insistió. Cuando salimos era ya de noche y al encender los faros se nos cruzó el perro de Antonio, que empezó a ladrar rabioso como si no reconociese ya a ninguno de los dos.

El Indio no volvió en sí hasta dos días después y cuando lo hizo aún debió permanecer un mes en observación en el hospital. Los médicos dijeron que el golpe en la sien con la botella y el de la nuca al caer pudieron haberlo matado. Tanta gravedad hizo que los padres del Indio no se avinieran a ningún acuerdo, y desde el primer momento presentaron una denuncia por agresión con resultado de lesiones y peligro de muerte, y Antonio pasó directamente del cuartelillo al furgón que lo habría de llevar a un centro de internamiento, a la espera de que el juez determinase su grado de responsabilidad.

Fue en aquellos primeros días del internamiento preventivo de Antonio cuando descubrí algo que, lejos de poner luz en lo ocurrido, me desconcertó aún más. Antonio le había pedido a su madre que le llevase su bloc de dibujo, los lápices, el póster del aguador y el libro de *El gran Meaulnes*. Como durante aquella semana me acercaba a su casa todos los días para recabar noticias, sus padres me pidieron que buscase lo que su hijo les había pedido, ya que ellos no solían entrar en el estudio y desconocían el orden de este. Lo hice. Despegué el póster del aguador que estaba sobre la pared, completé su caja de lápices con todos los que tenía sueltos sobre la mesa de trabajo y le introduje por mi cuenta unas gomas de borrar y el difuminador que le había visto usar. El libro, en cambio, me fue más difícil encontrarlo y mientras lo buscaba descubrí que había muchos cuadros con la misma copa que pintaba el día que vinieron a por él: unas insinuadas, otras tachadas, otras francamente fracasadas, pero ninguna tan perfecta como la que aún permanecía en el caballete. Confieso que me llamó la atención tanta repetición y confirmé una vez más que Antonio trabajaba siem-

pre en serio. Finalmente vi el libro, o supuse que era ese antes de cogerlo, pues asomaba por debajo de la almohada. En efecto, era *El gran Meaulnes*. En la portada tenía el exlibris que le regaló Zulema con su frase preferida: «Lo esencial es invisible a los ojos». Y en el interior, visible a los míos, aunque probablemente invisible a mi corazón, un papel doblado. Lo desdoblé sin cuestionarme que fuese privado o no. Y, escrito con su letra, leí lo siguiente:

*20 de abril*

*(En el Prado, después de tres días de espera mirando sus cuadros, oigo por fin la voz de Velázquez.)*

*Me preguntas cómo debes pintar:*

*Toma una copa de agua y píntala cien veces, doscientas, como hice yo alguna vez. Algún día podrás beber de ella y cuando bebas de esa copa verás con transparencia.*

*Cuando veas con transparencia no querrás pintar. Aun así seguirás, como yo, intentando ser fiel a una devoción ya antigua, un año, dos años, diez...*

*Un día te sorprenderás recordando que pintabas, que eras pintor y buscabas la transparencia. Ese día ya*

*estarás en la transparencia y entonces la pintura te parecerá un recuerdo feliz de la infancia.*

Lo copié tal como está aquí transcrito y me guardé la copia en el bolsillo. En aquel momento me sugestioné de tal manera que lo creí un milagro. Después he ido poniendo razones en lo irracional, pero nunca he logrado reducir del todo el poder extravagante de ese escrito. Porque es posible que Antonio lo hubiera inventado todo, pero no soy capaz de creerlo. Él jamás hubiese escrito aquello. Tal vez lo copió de algún lado, pero yo no lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que esas palabras no le pertenecen. Alguien se las ha ofrecido. ¿Quién? Lo ignoro.

En cuanto a: «No son mis padres», palabras que escuché de su boca y que tanto me sobrecogieron aquel aciago día, solo se lo he comentado a Zulema. Si se lo hubiese dicho a Marta habría rebuscado hasta en las partidas de bautismo, pero Zulema, como es ella, me dijo que lo dejara, que pensara solo en el futuro y que me olvidara para siempre de aquel verano.

Estas navidades, porque me lo pidió Zulema, he regresado al pueblo y he subido con ella al jardín de Aquilino. Por el camino, Zulema me dijo que quería revelarme algo que no me contó entonces, que creía saber por qué Antonio hizo aquello.

«¿Sabes? —me dijo—. Un día antes del accidente, Antonio se me declaró. Fue muy embarazoso, porque en verdad nunca me había fijado en él de esa manera. Le dije que lo sentía, pero que no me gustaba como para ser novios. Entonces se enfureció como no le había visto nunca hacerlo y empezó a insultarme y a decirme que todos éramos unos farsantes. Lo vi tan exaltado que salí corriendo y él corrió tras de mí y, casi llorando, me rogó que no se lo dijera a nadie. Y no lo he hecho hasta hoy».

Escuché a Zulema sin excesiva sorpresa, como quien está curado de espanto, y permanecí en silencio sin decir nada. ¿Acaso podía ser esa la causa de tanto desatino?

Por fin llegamos arriba. Como solo abre en verano, el Aquilino estaba cerrado y las mesas amontonadas bajo unos plásticos. El invierno



empezaba a hacer estragos en el recinto. Todo se veía húmedo y con verdina. Uno de los cañizos se había caído con el viento y en la pared del fondo apenas podía verse, desdibujado, el grafiti de Antonio. Nuevos grafiteros habían tomado aquella pared por diana de sus invenciones y habían convertido nuestro jardín en un galimatías sin sentido. Y eso me parece ahora todo, algo sin sentido. «Tan confuso —pensé—, como la misma vida».